

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

BELEN, 12, PRINCIPAL

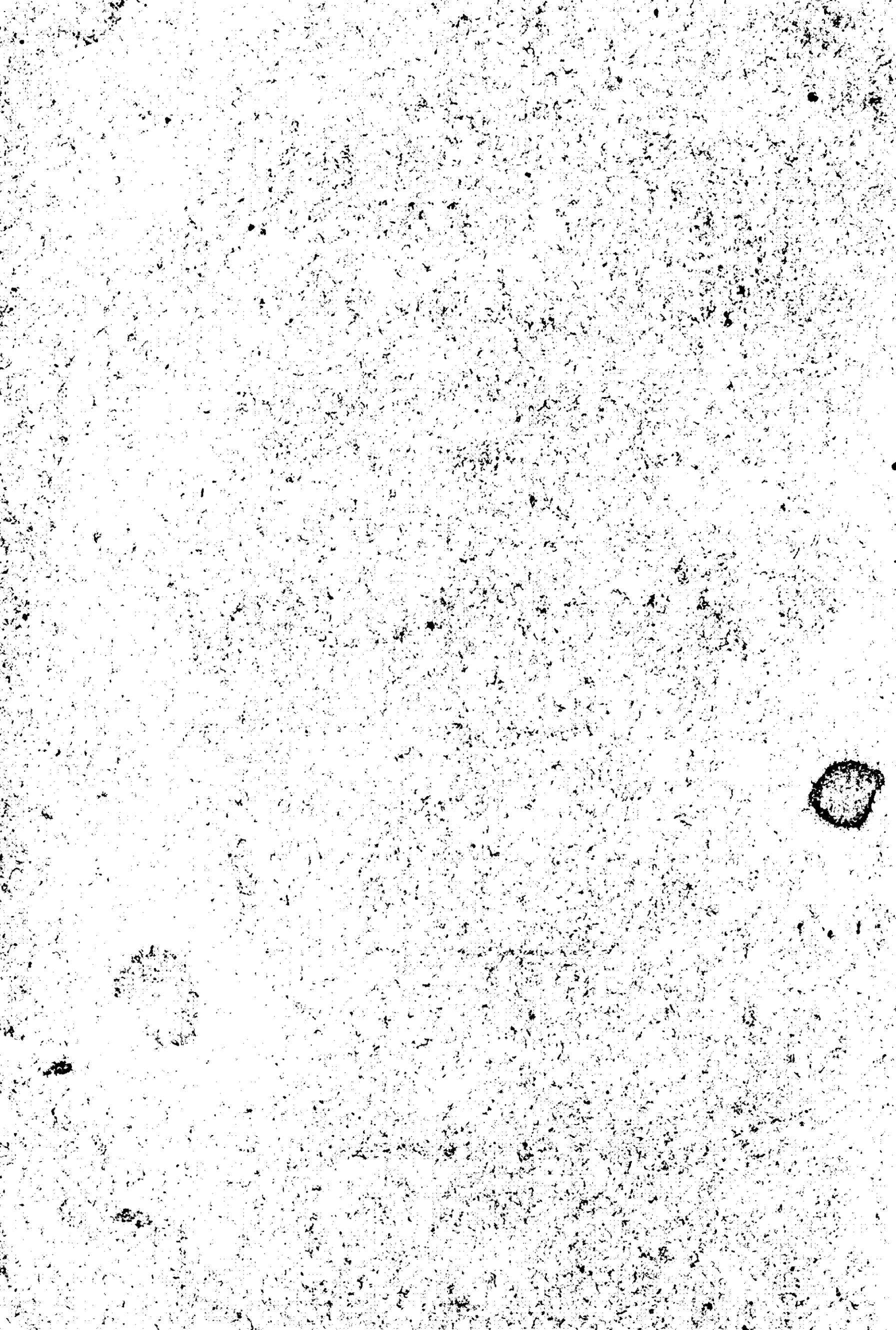
JUQUETE COMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO

MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1888



BELÉN, 12, PRINCIPAL

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO CERVANTES
DE SEVILLA, LA NOCHE DEL 16 DE MAYO DE 1888.



SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1888

R27098

REPARTO

Personajes.	Actores.
<i>D.^a Lucia.</i>	SRA. GÓMEZ.
<i>Dolorcita.</i>	SRTA. PARIS.
<i>Vicenta.</i>	SRA. ALONSO.
<i>D. Agustín.</i>	SR. ROYO.
<i>Enrique.</i>	SR. ÁLVAREZ.
<i>D. Simeón.</i>	SR. GÓMEZ.

La acción en Madrid: época actual.

Las indicaciones de derecha é izquierda se refieren á las del actor.

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los señores comisionados de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA de D. EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente del cobro de los derechos de representación y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO,

La escena dividida en dos partes.—A la derecha, meseta de la escalera de una casa de pisos.—A la izquierda, pasillo del principal con puerta al foro, una lateral y la de entrada.—En el centro del pasillo un velador con escribanía y una carpeta.—Varias sillas, colocadas convenientemente, completan el mobiliario.—El tramo de escalera sigue hacia los pisos superiores.

ESCENA PRIMERA.

D. AGUSTIN y D.^a LUCIA, el primero leyendo y la segunda haciendo crochet.

AGUSTIN. «Ha marchado para Pamplona nuestro apreciable amigo el Director....» Feliz viaje. Escribe en llegando....

«Ayer llegó á la Corte, de vuelta de su excursión veraniega, la distinguida familia....» Que sea bien venida. ¡Qué pesadez!

«El viernes pasado falleció en Zamora, víctima de una larga y penosa enfermedad, D. José Ramírez Pendón, primo hermano de nuestro querido compañero D. Félix Pendón, y primo también del señor D. Juan Sánchez Pendón.» Pues, señor, no he visto caballero ni más *primo* ni más *pendón*. De todos modos, en paz descanse. ¡Vaya un diario! Pasemos al folletín: (Lo busca.)

«...desmayada.» ¡Ah! sí, sí, ya caigo. Quedé en aquello del desmayo.

«...desmayada. El Conde, creyéndola muerta,

llevado de la loca pasión que le dominaba, se disparó un tiro....»

LUCIA. Dos.... tres.... (Contando los puntos del crochet.)

AGUSTIN. Nó, no fué más que uno.

LUCIA. Calla, hombre; estoy contando los puntos de....

AGUSTIN. ¡Ah, ya! (Sigue leyendo.) «...un tiro por debajo de la barba, quedando muerto en el acto.»

LUCIA. Pero, Agustín, ¿no decías que te ibas á llegar á la oficina?

AGUSTIN. (Levantándose.) Es verdad; ya se me olvidaba.

LUCIA. En tal caso, déjalo.

AGUSTIN. De ningún modo: voy, le digo al jefe que me permita no asistir por ser día de mi Santo, y vuelvo.

LUCIA. No está mal pensado.

AGUSTIN. Ea, pues ya estoy aquí. (Poniéndose el sombrero, que estará sobre una silla.)

LUCIA. Anda, anda de prisa, que los convidados dijeron que vendrían tempranito. (Dejando el crochet y levantándose.)

AGUSTIN. Hasta luégo. (Sale y baja.)

LUCIA. Adiós.

ESCENA II.

D.^a LUCIA, después VICENTA.

Pues, señor, es necesario ir arreglándolo todo. Recogeré esto. (Recogiendo el crochet.) ¡Vicenta!

VICENTA. (Por el foro.) ¿Señorita?

LUCIA. Mira, saca la vajilla nueva que está en el aparador. Toma la llave. (Se la da.) Le quitas el polvo: con mucho cuidado, ¿eh? No vayas á hacer Carnaval, que el otro día rompiste....

VICENTA. ¿Yo, señorita?

LUCIA. Sí, tú; que ya llevas destrozada una carga de loza.

VICENTA. Bueno.

LUCIA. Limpias perfectamente los cubiertos y pones la mesa. Yo entretanto sacaré la mantelería. (Vase por la derecha. D. Simcón y Dolorcita habrán venido subiendo, para llegar al portón y llamar en el momento de retirarse D.^a Lucia. Al tiempo

de entrar ellos en el pasillo, aparecerá en la escalera, como de haberlos venido siguiendo, Enrique. Campanillazo.)

VICENTA. ¿Quién? Esos deben de ser los convidados. (Abre.)

SIMEON. ¿Tus amos están?

VICENTA. Sí, señor. Pasen ustedes á la sala. Voy á avisar á la señora. (Vase por el foro. Simeón y Dolorcita entran y se van por la derecha.)

ESCENA III.

ENRIQUE

(Subiendo á la meseta.) Ya sé dónde vive: lo apuntaré, no se me vaya á olvidar, aunque no es fácil. (saca una carterita y escribe.) «Belén, 12, principal.» Parece mentira que yo sea tan pícaro. Las sigo hasta su misma casa, aun yendo del brazo del esposo. Ya puedo ir apuntando en mi librito de memorias una conquista más. Tengo muchísimo partido con las mujeres, sobre todo con las casadas jóvenes y guapas, como esa que acaba de entrar y á quien me declaro sin pérdida de tiempo. Mis cartitas amorosas producen muchísima sensación. Repasaré la que le voy á dirigir á ésta, no sea que se me haya escapado alguna majadería. (La saca del bolsillo y lee.) «Señora: hace unos días que os estoy contemplando.» Mentira, no la he visto hasta hoy; pero como las tengo redactadas de antemano.... (Continúa leyendo.) «....contemplando. Días que han sido para mí.... años.... pero años bisiestos.... Es preciso, pues, que usted corresponda á este amor que abrasa mi corazón y que tiene convertido mi pecho en un volcán. Un sí me hará feliz. Un nó.... nó.»
Su rendido amante,

Enrique Azucarillo.

—P. D. Espero respuesta en la portería. Más galante, imposible. Ante estos renglones accederá sin duda á mi pretensión. Ahora pensemos el modo de enviársela. Con la criada.... es tan vulgar.... Y luego son tan brutas, que á lo mejor

se la entregan al marido. Ya me ha pasado eso una vez y no quiero que se repita. ¡Si yo se la pudiera dar en propia mano.... pero es tan difícil...! Lo mejor será echarla por debajo de la puerta. (Al ir á hacerlo retrocede.) Nó, caracoles; porque si el esposo.... ¿pero qué importa? El disgusto será para ellos. Por más que si un día me coge y me revienta.... No conviene este plan. Y.... ¿por qué nó? Diantres, ¡qué indeciso soy! Después de todo, yo no debo andarme con chiquitas; lo que fuere tronará. (Se agacha y echa la carta por debajo de la puerta.) Ahora me arrepiento: he hecho un disparate. Y todo por no pensar las cosas. Nunca debí haber echado esa carta por ahí. ¡Si lograrse alcanzarla con los dedos!... Vamos á ver. (Se vuelve á agachar y hace esfuerzos por cogerla.)

ESCENA IV.

ENRIQUE y D. AGUSTIN.

AGUSTIN. (Subiendo á la meseta y empujando á Enrique.) ¿Qué hace usted ahí?

ENRIQUE. (Levantándose precipitado.) ¡Hago lo que me da la gana!

AGUSTIN. Sí, ¿eh?

ENRIQUE. Sí, señor; y debe tenerle á usted sin cuidado.

AGUSTIN. Nada de eso; ese es mi domicilio.... y me interesa saber....

ENRIQUE. ¡Ah! ¿usted vive aquí? (¿Quién será este punto?) Bien, usted dispense....

AGUSTIN. Está usted dispensado: lo que deseo saber inmediatamente es cuál era su fin al meter la mano por debajo de la puerta.

ENRIQUE. Pues era.... que.... que... (Pero ¿quién será?) que.... que....

AGUSTIN. ¿Qué, hombre, qué?

ENRIQUE. Que me había caído....

AGUSTIN. Se había usted caído, ¿eh?

ENRIQUE. Justo; me resbalé.... y.... chis....

AGUSTIN. ¿Pero cómo ha podido ser eso?

ENRIQUE. (Estas preguntitas me parten.) Muy sencillo: yo



subía.... ¿comprende usted?... y subía.... y subía....
y subía.... y subía....

AGUSTIN. Hombre, ya ha pasado usted de la guardilla con tanto subir.

ENRIQUE. Bueno, pues yo....

AGUSTIN. ¿Qué?

ENRIQUE. Yo venía.... es decir.... no venía.... vengo.... nó, nó, tampoco vengo.... me voy.... (Disponiéndose á marchar.)

AGUSTIN. ¡Qué disparate! (sujetándole) Necesito una explicación....

ENRIQUE. ¿Y no se la he dado á usted ya? Que me resbalé.... y me caí....

AGUSTIN. ¿Pero dónde iba usted?, que es lo que yo pregunto.

ENRIQUE. (Y lo que yo no contesto.) Iba.... (¿qué le importará á éste?) iba.... á otro piso. (Á ver si me deja.)

AGUSTIN. ¡No valen disculpas, caballero!

ENRIQUE. (Ea, ahora la voy á echar de valiente.) ¿Decía usted?

AGUSTIN. Que termine de explicarme....

ENRIQUE. Mucho exige usted.

AGUSTIN. Vuelvo á repetirle que soy de la casa.

ENRIQUE. De.... de.... de la casa, ¿eh? Me tiene completamente sin cuidado.

AGUSTIN. Caballerito, me está usted tentando la paciencia, y me parece que le voy á mandar de un puntapié á la puerta de la calle.

ENRIQUE. (¿Á la puerta de la calle? ¡Ojalá!) Lo del puntapié.... quisiera verlo....

AGUSTIN. ¿De veras?

ENRIQUE. Sí, señor; quisiera verlo....

AGUSTIN. (Dádoselo.) Pues véalo usted.

ENRIQUE. Dele usted gracias á Dios.... que no me ha doído mucho....

AGUSTIN. Bueno, váyase usted, si no quiere que pase la cosa más adelante.

ENRIQUE. ¡To.... to.... tomaré venganza!

AGUSTIN. Tome usted lo que quiera.

ENRIQUE. ¡Le mandaré mis padrinos!

AGUSTIN. Mande usted lo que le parezca.

ENRIQUE. ¡Adiós, caballero! (vase hacia abajo.)

AGUSTIN. ¡Vaya usted de aquí, mequetrefe! (Se acerca al portón.
Campanillazo fuerte)

ESCENA V.

D. AGUSTIN y VICENTA.

VICENTA. (Por el foro.) ¿Quién es?

AGUSTIN. Soy yo, abre. (Vicenta lo hace.) ¡Hola, Vicenta! (En-
trando.)

VICENTA. Buenos días, señorito.

AGUSTIN. ¿Y mi mujer?

VICENTA. En la sala con los convidados. ¿Necesita usted
algo?

AGUSTIN. Nó, márchate. (vase Vicenta por el foro.)

ESCENA VI.

D. AGUSTIN.

Pues, señor, me ha llamado la atención ese pollo. (ve la carta.) ¿Pero qué es esto? (cogiéndola.) ¡Una carta! ¡De él sin duda! ¿Para quién será? (La abre y lee.) «Señora:» ¡Rayos y truenos! ¡Para mi mujer! (La lee precipitadamente.) ¡Y dice que espera contestación en la portería! ¡Mil bombas! ¡Declararse á mi esposa! Sin embargo, tengamos calma. Ella no sabe nada, estoy seguro. Si un escrito de este género hubiese llegado á su poder, me lo hubiera entregado en el acto para que escarmentase al Tenorio. Luego no debo dudar de mi señora. Hombre, estoy pensando una cosa; yo puedo muy bien contestar la carta tomando el nombre de Lucía, á ver si cae en el garlito ese mamarracho. Le doy cita aquí... Nada, me decido. (Se sienta á la mesa y escribe.) «Caballero, mi esposo se ha marchado fuera. Puede usted venir cuando guste y hablaremos.» Ya está. Conviene mandársela lo más pronto posible. ¡Vicenta! (se levanta)

ESCENA VII.

D. AGUSTIN y VICENTA, por el foro.

VICENTA. ¿Señorito?

AGUSTIN. Vas á hacerme un favor.

VICENTA. Usted dirá.

AGUSTIN. Te llegas á la portería, entregas esta carta á la portera y le dices que si viene un joven reclamándola se la dé.

VICENTA. Voy allá.

AGUSTIN. Escucha: de esto... ni una palabra á la señorita.

VICENTA. Descuide usted. (Sale y baja.)

ESCENA VIII.

D. AGUSTIN, DOLORCITA, D. SIMEON y D.^a LUCIA. Los tres últimos por la derecha, preparados como para salir.

AGUSTIN. Hola, ¿ya están ustedes aquí?

SIMEON. Adiós, Agustín; felicidades. (Con júbilo.)

AGUSTIN. Gracias.

DOLORC. Lo mismo digo.

AGUSTIN. Muchas gracias. ¿Adónde van ustedes?

LUCIA. Vamos á hacer unas compras; pero volvemos en seguida.

AGUSTIN. Yo tendría mucho gusto en acompañarles.... pero.... puede venir cualquier amigo....

SIMEON. Es claro. Ea, vamos.

DOLORC. Hasta luégo, D. Agustín.

AGUSTIN. Vayan ustedes con Dios.

SIMEON. Hasta la vuelta.

LUCIA. Adiós. (Salen Dolorcita, D. Simeón y D.^a Lucía: bajan los primeros y ésta se detiene.) ¿De dónde vienes tú? (A Vicenta que sube.)

VICENTA. De....

LUCIA. Anda hacia dentro; siempre estás en la calle. No he visto muchacha más.... (Baja.)

VICENTA. (Entrando en el pasillo.) Ya hice el encarguito.

AGUSTIN. Pues mira: cuando venga ese joven sales á abrirle. Te preguntará por la señora, y con el pretext-

to de que vas á avisarle, me llamas á mí, que estaré en el escritorio. (Vase por la derecha.)

VICENTA. Está bien.

ESCENA IX.

VICENTA.

¿Qué carta será esa? Algún belén. En Madrid las casas están llenas de infundios. En todas las que he servido desde que vine.... en todas.... hay algo. En una, la niña mayor estaba siempre en belén con un novio que tenía sin que lo supieran los padres, y una vez los sorprendieron hablando por la ventana y no me quiero acordar del belén que se armó. ¡Y en la casa del teniente! ¡No digo nada en la de D.^a Belén! La suerte es que yo no murmuro ni soy chismosa. Si una fuera á hablar.... (Vase por el foro.)

ESCENA X.

ENRIQUE, subiendo á la meseta.

¡Pero qué afortunado soy! Después de lo ocurrido con aquel mentecato, que sin duda es algún mozo, no esperaba volver. Mas por pura curiosidad paso por la calle, entro en la portería y me dan la respuesta. ¡Y qué amable, qué amable!... Llamaremos. (Campanillazo.)

*Por donde quiera que fui
la razón atropellé....*

VICENTA. (Por el foro.) Ese será el señorito de marras. (Abre.)

ENRIQUE. Buenas tardes. ¿Está en casa la señora?

VICENTA. Sí, señor.

ENRIQUE. Pues avísale. (Entra.)

VICENTA. En seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA XI.

ENRIQUE, después D. SIMEON.

ENRIQUE. Todo me sale bien. Esperemos. ¡Cómo me pal-pita el corazón!

SIMEON. (Subiendo á la meseta.) Diablos, ya se me olvidó el bá-culo; y á mí es cosa que andar sin él me es im- posible. Voy á ver si abren. (Campanillazo.)

ENRIQUE. ¡Cáspita!... ha llamado. Y me escamo.... no sé por qué.... digo, sí.... porque como haya perdido el tren.... Ea, pues yo no digo esta boca es mía, ni le abro á nadie. Sin embargo, miraré por el ventanillo para cerciorarme. (Abre el ventanillo y al irse á asomar, también se asoma D. Simeón. Enrique cierra con mucha fuerza y le da en las narices) ¡Ciertos son los toros!

SIMEON. ¡Canario! ¡Me ha dejado usted sin narices!

ENRIQUE. (Lo siento mucho.) ¡No está en casa! (Y no abro.)

SIMEON. Soy yo, hombre, soy yo.

ENRIQUE. ¡Ah! ¿es usted? (Pues por lo mismo no abro.)

SIMEON. ¡Sí, señor, sí!

ENRIQUE. (Nó, señor, nó.) ¡Á las cinco sale otro tren! Pa- labra.

SIMEON. ¿Cómo otro tren? ¿Quiere usted acabar?

ENRIQUE. (Echándole un periódico por debajo de la puerta.) En ese pe- riódico va la guía de ferrocarriles.

SIMEON. ¿Qué quiere decir esto? ¡Basta de pesadez y de bromal!

ENRIQUE. (¡Está furioso!)

SIMEON. ¡Echaré abajo la campanilla! (Campanillazo fuerte.)

ENRIQUE. (¡Me aplastó!)

ESCENA XII.

Dichos y VICENTA.

VICENTA. (Por el foro.) ¿Llamaron?

ENRIQUE. Nó.... nó.... no he oído nada.

VICENTA. Pues voy á ver.... (Se asoma por el ventanillo.) ¡Ah, ya! (Abriendo.) Éntre usted, señorito. (Vase por el foro.)

ENRIQUE. (*¡Gran Dto, morir si giovine!*)

SIMEON. (*Entrando.*) ¿Quién es el gracioso que me ha tenido...?

ENRIQUE. Caballero.... yo.... que yo.... que.... como yo....

SIMEON. Y vamos á ver. ¿Qué razones hay para que usted no abriese?

ENRIQUE. (*¡Qué inocente! No sospecha nada.*) No abrí por.... por eso....

SIMEON. La razón no es del todo mala.

ENRIQUE. Usted me dispensará....

SIMEON. Bien; ¿y á qué santo me dió usted la guía de ferrocarriles?

ENRIQUE. Ahí está el quid. Le tomé á usted por otro.

SIMEON. ¡Ah, ya! Pues con su permiso....

ENRIQUE. Usted lo tiene. (*D. Simeón se va por la derecha.*) ¡Pobrecillo! ¡Qué convencido va! Y yo debo marcharme. Por más que si no sospecha nada.... me parece una tontería desaprovechar esta ocasión.... Pero ¿y si por casualidad...? De todos modos ya no me da tiempo. Aquí está. (*¡Hum, y con un bastón!*)

SIMEON. Caballero, beso á usted la mano. (*Disponiéndose á marchar.*)

ENRIQUE. (*Ya se va.*)

SIMEON. ¿Qué?

ENRIQUE. Que sí.... ¿que si se iba usted?

SIMEON. Sí, señor.

ENRIQUE. Me alegro, me alegro; es decir, lo siento; porque.... por eso.... por eso mismo....

SIMEON. (*Este hombre convence á cualquiera.*) Sí; pues me retiro. Sólo vine por el baston....

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

SIMEON. Porque me olvidé de recogerlo....

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

SIMEON. Y naturalmente....

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

SIMEON. Pues yo sin bastón ando....

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

SIMEON. Nó, nó, nó, nó. ¿Quién le ha dicho á usted que sí?

ENRIQUE. Bueno, lo que usted guste.

SIMEON. La cuestión es que sin él no puedo dar un paso. Psch.... una manía como otra cualquiera. Cada

hombre tiene las suyas. Y además, como estoy un poco cojo.... ¿Está usted?

ENRIQUE. Nó, yo cojo no estoy precisamente. (Pero me dejará en cuanto sepa á lo que he venido.)

SIMEON. Quise decir otra cosa.

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí. ¿Pero usted no se iba á marchar?

SIMEON. ¿Qué? (Extrañado.)

ENRIQUE. Nada.... que yo me voy á marchar.

SIMEON. ¿Hacia dónde va usted?

ENRIQUE. (¡Qué aprieto!) ¿Usted adónde se dirige? ¿Á la estación?

SIMEON. ¿Cómo á la estación? ¡Qué afán porque viaje! Voy á....

ENRIQUE. (Interrumpiéndole de repente.) Pues ahí no voy yo.

SIMEON. Vamos, me voy, que ya me he entretenido mucho.

ENRIQUE. Beso á usted la mano.

SIMEON. Servidor de usted. (Sale á la meseta. Enrique cierra el portón con mucha fuerza.) ¡Maldita sea tu estampal

SIMEON. Ese será alguno que ha venido á felicitar á Agustín. ¡Por cierto muy pesado! (Baja.)

ESCENA XIII.

ENRIQUE, después D. AGUSTIN.

ENRIQUE. El tal esposo es un infeliz. ¡Con qué paciencia y tranquilidad lo ve todo! Y la señora se tarda. Sin duda vió entrar á su cónyuge y le sucedió lo propio que á mí. Siento pasos. ¿Cómo la saludaré si es ella? Ensayemos. Señora.... (D. Agustín por la derecha. Empieza á cerrar todas las puertas.) (¡Huy! El de antes.)

AGUSTIN. Ajajá. (Cerrando con llave el portón.)

ENRIQUE. (Me carga esa precaución.)

AGUSTIN. Buenas tardes.

ENRIQUE. Buenas tardes.

AGUSTIN. He esperado á que nos quedemos solos....

ENRIQUE. ¿Solos? ¡Qué gusto!

AGUSTIN. Tome usted asiento.

ENRIQUE. Gracias, me voy á ir.

AGUSTIN. ¡Que se siente usted!

ENRIQUE. Bueno. (Se sienta.) (Éste me tiene ganas.)

AGUSTIN. Ante todo deseo saber qué se le ha perdido á usted en esta casa. (Sentándose.)

ENRIQUE. Perdérseme... precisamente... nada.

AGUSTIN. ¿Pues á qué ha venido usted?

ENRIQUE. He venido... á eso... á eso mismo....

AGUSTIN. ¿Se va usted á quedar conmigo?

ENRIQUE. Nó, señor; si yo me voy. (Levantándose.)

AGUSTIN. ¡Ya le he dicho que tenemos que hablar! (Lo sienta.)

Vamos á ver. ¿Conoce usted esta letra? (Enseñándole la carta.)

ENRIQUE. (¡Mi carta!) Ni de vista siquiera.

AGUSTIN. ¿Y tiene usted la desfachatez de negármelo?

ENRIQUE. ¿Cómo desfachatez? Á usted le debe tener todo sin cuidado. (¿Para qué he de guardarle consideraciones á un mozo?)

AGUSTIN. ¿Sin cuidado? ¿Qué quiere decir esto?

ENRIQUE. No quiere decir nada. ¿Usted qué es lo que se figura, que la carta es mía? Pues, sí, señor; lo es. ¿Había algo?

AGUSTIN. ¡Había, y mucho!

ENRIQUE. ¿Qué...? ¿Que se lo va usted á decir al marido?...

AGUSTIN. (¿Al marido? Ignora que lo soy.)

ENRIQUE. (Sonriendo.) Nó... no se lo dirá usted. Vayan cinco duros... y á callar.

AGUSTIN. ¡Caballero! (Se levanta.) ¿Usted me toma por un criado?

ENRIQUE. Sí.... (Levantándose.)

AGUSTIN. Pues sepa usted que soy el esposo, y que le voy á romper el alma.

ENRIQUE. Vamos por partes. Eso es mentira.

AGUSTIN. ¿Que no le rompo á usted el alma?

ENRIQUE. No hablo de eso. Lo creo á usted muy capaz. Lo que digo y sostengo es que ni usted es su marido, ni Cristo que lo fundó. Ó, al menos, si lo es, su mujer le engaña.

AGUSTIN. ¿Que me engaña mi mujer? ¿Usted se propone darme el día?

ENRIQUE. (No es mal día el que me están dando á mí.) Sí,

señor; le engaña como un chino. ¿Aquí quién vive? ¿Usted y su señora?

AGUSTIN. Nada más.

ENRIQUE. Pues yo le aseguro que en este piso ha entrado una señora bastante guapa, acompañada de un caballero.

AGUSTIN. ¡Una señora...! ¡Ah, ya caigo! Serían mi amigo D. Simón y su mujer.

ENRIQUE. ¿Y no son de casa? (D. Agustín hace un signo negativo.)
(¡Pues me he lucido!)

AGUSTIN. ¿Luego usted á quien se dirigió fué á ella?

ENRIQUE. Sí. Mire usted: la ví en Chamberí, la seguí hasta aquí, la escribí, subí y le remití el billete que tiene usted ahí.

AGUSTIN. ¿Sí?

ENRIQUE. Sí.

AGUSTIN. ¿Sí?

ENRIQUE. Sí.

AGUSTIN. ¿Y sabiendo que era casada, ¿cómo se atrevió usted...? (Exaltado)

ENRIQUE. Yo lo ignoraba. Creía que ese D. Fulano era el padre.

AGUSTIN. ¿Cómo el padre?

ENRIQUE. Ó... ó el hijo.

AGUSTIN. ¿El hijo?

ENRIQUE. Ó el Espíritu Santo. (No sé lo que me digo.)

AGUSTIN. Nada, nada; de más sabía usted lo que se hacía.

ENRIQUE. Esa es la verdad. (Mejor es ser franco.)

AGUSTIN. ¿Y de ese modo pisotea usted mi honra?

ENRIQUE. La de usted nó. ¡Ya me guardaría muy bien!

AGUSTIN. Sí, señor; porque cuando se ofende á mi amigo D. Simeón se me ofende á mí; porque mi amigo D. Simeón y yo somos uno, y lo que hace mi amigo D. Simeón lo hago yo.

ENRIQUE. (Esto quiere decir que si su amigo D. Simeón me da una paliza, él repite la suerte.) Bueno, caballero; rompa usted ese papel y como si nada hubiera sucedido.

AGUSTIN. ¡Quiá, hombre, quiá! Esto lo leerá él en presencia de usted.

ENRIQUE. Hombre, no sea usted bruto.

AGUSTIN. ¡Cómo!

ENRIQUE. Nó, nó, no he dicho nada. (Tengo una idea. ¡Si pudiera alejar de aquí á este bárbaro! Probo- mos.) ¿Eh? Allí, allí me parece que han llamado á usted.

AGUSTIN. No he oído nada.

ENRIQUE. Sí; pues efectivamente....

AGUSTIN. Entonces voy á ver.... (Conozco su intención, pero no podrá llevarla á cabo. (Vase por la derecha.)

ENRIQUE. ¡Magnífico! Ahora me escurro, y adivina quién te dió. (Se dispone á marchar.) ¡Caramba! ¿Pues no está echado el llavín? ¿Qué hacer, Dios mío?

*Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra....*

Mas.... calle: se me ocurre otra cosa. Y ésta me sirve. ¡Vaya! Aquí hay pluma y tintero. (Se sienta á la mesa, saca un papel de la carpeta y escribe) «Apreciable amigo: no me esperes, porque me han convidado á comer. Tuyo,

Simeón.»

Ya está. Ahora le digo que un mandadero me la ha entregado por el ventanillo.... y me salvo. Ya viene.

AGUSTIN. (Por la derecha.) Pues no era nada.

ENRIQUE. ¿Nó? Ahora mismo han traído esta esquelita para el amo. (Se la da.) Supongo que será para usted.

AGUSTIN. (Viéndola.) Efectivamente, es para mí. (Lee bajo.) (¡Su- ya es la letra! ¡Ah pillo, trata de escabullirse por este mediol!) Es de D. Simeón, que dice que nó viene porque le han invitado á comer.

ENRIQUE. Ya lo sé.

AGUSTIN. ¿Usted la ha leído?

ENRIQUE. Nó, nó; pero basta que usted lo diga. (Por poco me coge.)

AGUSTIN. Y me extraña, porque está convidado aquí tam- bién.

ENRIQUE. (Verá usted, verá usted el plan.) Entonces quie- re decir que me retiro.

AGUSTIN. Nó, señor; D. Simeón tendrá que venir esta no- che por mí para irnos al teatro. Lo dice en la carta.

ENRIQUE. (De repente.) Eso es mentira.

AGUSTIN. ¿Cómo? (Se le escapó al pobre.)

ENRIQUE. Nó.... nó.... si fué... que yo.... eso es. Sí, señor; eso es.

AGUSTIN. ¡Sí, hombre, sí! (No sabe cómo disculparse.)

ENRIQUE. Yo le ruego á usted que en vista de lo que dice ese señor me deje ir.

AGUSTIN. Bien, hombre, bien; márchese usted. Por evitar un gran disgusto hago todo esto. (Abriendo el portón.) ¡Gracias á mi buen carácter!...

ENRIQUE. Ya se conoce que debe ser usted muy amable. (¡Amabilísimo!)

AGUSTIN. Conque puede usted tomar la puerta. (Empujándolo y saliendo á la meseta detrás de él.)

ENRIQUE. (¡Cuando digo que es muy amable este caballero!)

AGUSTIN. Y que no vuelva á suceder otra; porque como suceda....

ENRIQUE. Nó, señor; no sucederá.

AGUSTIN. Mas.... ¿quién sube? (Asomándose á la escalera.) ¡Caramba! D. Simeón con la familia. Me retracto de lo dicho.

ENRIQUE. Por Dios, déjeme usted. (Suplicándole.)

AGUSTIN. Nada. (Mejor es escarmentarle.)

ESCENA XIV.

Todos menos VICENTA.

D.^a LUCIA, D. SIMEON y DOLORCITA suben á la meseta.

AGUSTIN. Hola, ¿ya están ustedes de vuelta? Pues hagan el favor, las señoras, de pasar allá dentro.

LUCIA. ¿Nosotras? ¿Por qué?

AGUSTIN. ¡Allá dentro!

LUCIA. No entiendo....

AGUSTIN. ¡Allá dentro!

DOLORC. Pero....

SIMEON. ¡Allá dentro!

LUCIA. ¿Con qué fin?

ENRIQUE. Allá dentro.

LUCIA. Ea, pues vamos.

DOLORC. Vamos. (Entran en el pasillo y se van por la derecha.)

ENRIQUE. (Ahora me dividen.)

ESCENA XV.

ENRIQUE, D. AGUSTIN y D. SIMEON.

AGUSTIN. Ven acá, Simeón; lee esta carta. (Dándole la de Enrique.)

SIMEON. (Después de leerla bajo.) Bien; ¿y para quién es?

AGUSTIN. Para Dolorcita.

SIMEON. ¿De quién, que lo voy á reventar? (Furioso.)

ENRIQUE. (No es tanto como yo creía.)

AGUSTIN. Tengo que confesarlo, aunque me duele....

ENRIQUE. (Á mí sí que me va á doler.)

AGUSTIN. Es de este señor. (Señalando á Enrique.)

SIMEON. ¿De usted?

ENRIQUE. Mía, sí, mía; pero no me haga usted nada. (Suplicándole.)

SIMEON. ¿Cómo que nó? ¿Voy á consentir tan tranquilo semejante declaración? ¡Véngase usted conmigo á la calle, (Agarrándole fuertemente por un brazo y dándole enviones.) y allí le romperé el bautismo!

ENRIQUE. (Me parece que me lo rompe antes de llegar.)
Hombre....

SIMEON. ¡No hay tu tía!

ENRIQUE. ¿Que nó? (Se escapa y sube por la escalera del otro piso perseguido de D. Simeón, que lleva el báculo empuñado)

SIMEON. Brrrrrrrr....

AGUSTIN. Yo voy á ver lo que sucede. (Sube también, quedando la escena sola un momento.)

ENRIQUE. (Dentro y á grandes gritos.) ¡Favor, socorro!

SIMEON. ¡Venga usted acá!

ENRIQUE. ¡Ay! ¡ay! (Se ven aparecer de nuevo los tres, uno detrás de otro, bajando la escalera en el mismo orden que la subieron)

ENRIQUE. (Con el sombrero apabullado y el traje de cualquier modo.) (De fijo no se me olvidarán las señas.) (Baja)

SIMEON. (Detrás.) Brrrrrrrr....

AGUSTIN. (Deteniéndose un momento.) No creí que lo tomase tan en serio. (Baja)

ESCENA XVI.

D. LUCIA, DOLORCITA y VICENTA: después D. AGUSTIN.

- LUCIA. (Por la derecha, atravesando el pasillo y saliendo á la meseta seguida de las otras. Alarmada.) ¿Pero qué escándalo es éste?
- DOLORC. ¿Y Simeón, y Agustín, y el joven que estaba con ellos? (Sobresaltada.)
- LUCIA. Bajemos á ver lo que pasa.
- DOLORC. Sí, bajemos. (Al ir á bajar sube D. Agustín y las detiene.)
- TODAS. ¿Qué hay? (Con mucha curiosidad.)
- AGUSTIN. Nada, no hay nada.
- LUCIA. ¿Y las carreras y gritos que se han oído?
- DOLORC. ¡Dios mío! ¿qué irá á suceder?
- AGUSTIN. Tranquiliícense ustedes: no hay cuidado.
- DOLORC. ¿Cómo que nó?
- VICENTA. Tienen razón las señoritas. Dígales usted lo que pasa.
- AGUSTIN. Vamos hacia la sala. Ya lo sabrán ustedes todo por Simeón, que no debe tardar. (Entran en el pasillo. D. Lucia y Dolorcita se van por la derecha y Vicenta por el foro. D. Simeón sube y entra en el pasillo con los brazos atrás.)

ESCENA XVII.

D. SIMEON y AGUSTIN: después ENRIQUE.

- AGUSTIN. (Al ver á D. Simeón.) ¿Qué ha ocurrido? (Con interés.)
- SIMEON. (Enseñando en cada mano un pedazo del bastón.) ¡¡Nada!!
- AGUSTIN. ¿Qué, lo lastimaste?
- SIMEON. Sí, descuida que no se olvidará de la calle de Belén, ni se meterá en más belenes. Lo primero que le dí fué un garrotazo en las espaldas, que sin duda le produjo un cardenal; después un segundo palo en la cintura, que seguramente le hizo otro cardenal; luégo un golpe en un muslo.... que....
- AGUSTIN. ¿Otro cardenal?
- SIMEON. Nó, aquél debe de ser un obispo, porque ya me cogió con el bastón roto. (Enrique habrá ido subiendo con

mucha precaución y todo estropeado adelantándose al proscenio.) Pero como fin de fiesta le aticé un puñetazo en la cara, que valió por el clero en masa. Todo esto con sacristanes y monaguillos, intercalados en el texto.

AGUSTIN. Ja, ja, ja. (Se quedan hablando en voz baja.)

ENRIQUE. (Que en este momento estará en la meseta completamente delante.)
(Al público.)

La obrita está terminada;
grande la paliza ha sido;
mas todo lo echo en olvido
si me dais una palmada.

(D. Simeón se asoma con curiosidad al portón, que antes había quedado entreabierto.)

ENRIQUE. (Al veric.) ¡Caracoles! ¡el marido! (Sale corriendo y baja.)

FIN.

ERRATAS

En la página 11, línea 8, donde dice ha llamado, léase han llamado. .

En la página 15, línea 8, donde dice Simón, léase Simeón.

En la página 18, línea 7, donde dice No es tanto, léase No es tan tonto.



PUNTOS DE VENTA

MAURITIA Y PROVINCIAS. — En las principales librerías y en casa de los comisionados de esta Administración.

SEVILLA. — En la librería de los Sres. Hijos de Pó y en la redacción de *Perecuto*, con veinticinco por ciento de rebaja en el precio de cada ejemplar á los suscriptores de dicho periódico.